

Los horrores de masas y la obediencia incondicional*

ISABELLE MORIN**

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, Burdeos, Francia



Los horrores de masas y la obediencia incondicional

La obediencia incondicional interroga fundamentalmente nuestra condición humana, nuestra relación con la culpabilidad y la capacidad de ser responsables de nuestros actos. Este texto explora, a partir de testimonios de asesinos de masas, el tipo de desmentida que obra en el rechazo del saber que los condujo a obedecer órdenes insensatas.

Palabras clave: desmentida, escisión del sujeto, obediencia, perverso.

Les horreurs de masses et l'obéissance inconditionnelle

L'obéissance inconditionnelle interroge fondamentalement notre condition humaine, notre rapport à la culpabilité et notre capacité d'être responsables de nos actes. Le texte explore, à partir des témoignages de meurtriers de masse, le type de démenti qui est en œuvre au rejet du savoir qui a conduit aux assassins à obéir à des ordres insensés.

Mots-clés: démenti, scission du sujet, obéissance, pervers.

Mass Horrors and Unconditional Obedience

Unconditional obedience fundamentally questions our human condition, our relation to guilt, and the capacity to be responsible for our acts. On the basis of testimonies of mass murders, this text explores the type of denial operating in the refusal to know what led the assassins to obey unreasonable orders.

Keywords: denial, split of the subject, obedience, perverse.

* Traducción del francés a cargo de Sylvia De Castro Korgi, profesora de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia.

** email: imorin@netcourrier.com

© Ilustraciones: Antonio Samudio



La revista *Desde el Jardín de Freud* me ha dado la oportunidad de continuar mi interrogación sobre la cuestión de la obediencia incondicional, iniciada en uno de sus números anteriores con el artículo “¿Qué sueña el mundo?”¹, cuestión que me parece crucial dadas las consecuencias que ha tenido, y que tendrá, en la historia de la humanidad. Esta forma de obediencia feroz, arbitraria, sin condición, interroga nuestro estatuto de seres hablantes, de un ser que gracias al lenguaje ha accedido a la culpabilidad, a la responsabilidad de sus actos, a lo que llamamos comúnmente conciencia. Las consecuencias han sido mayores en el siglo XX, que seguirá siendo el siglo de los totalitarismos y de los horrores de masas. En efecto, ningún crimen de Estado habría podido tener lugar sin la complicidad de aquellos que obedecieron a órdenes insensatas. Hay quien da la orden, el dictador o el tirano, hay también quien pone en obra la orden y aporta los medios para ello sin meter la mano y, finalmente, hay quienes cometen los asesinatos.

Para dar la pauta, comienzo por citar a Freud en un texto de 1915 titulado “De guerra y muerte. Temas de actualidad”:

Precisamente lo imperativo del mandamiento “No matarás” nos da la certeza de que somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el gusto de matar. [...] [E]liminamos día tras día y hora tras hora a todos cuantos nos estorban el camino, a todos los que nos han ultrajado o perjudicado. Nuestro inconsciente mata incluso por pequeñeces [...]. Somos [...] una gavilla de asesinos.²

Al plantear ese deseo de matar, desconocido para nosotros mismos, Freud delimita una separación entre consciente e inconsciente. Todos somos asesinos en potencia, sin embargo, no matamos. Hay un espacio donde las cosas se deciden. Freud no creía en la bondad innata del hombre, como podía pensarlo Jean-Jacques Rousseau, ni en la orientación debida a un bien soberano, como planteaba Kant. El hombre, el ser hablante, está habitado, a causa de la pulsión, por deseos de destrucción que debe desplazar y sublimar en la obra de la civilización.

Existen diversos ángulos, todos apasionantes, para aproximarse a esta cuestión: unos provienen de la filosofía moral, otros de la sociología; en cuanto psicoanalista, he escogido el campo de la clínica del sujeto. Lo he limitado al esclarecimiento de la

1. Isabelle Morin, “¿Qué sueña el mundo?”, *Desde el Jardín de Freud* 4 (2004): 188-195.

2. Sigmund Freud, “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), 297-298.

posición de esos sujetos que han cometido crímenes extremos contra la humanidad. Ellos han obedecido órdenes insensatas, han adherido a ellas porque, según dicen, debían obedecer y no podían sustraerse a ese deber. Desde los procesos contra los dignatarios nazis conocemos el argumento cuasi universal del deber de obediencia, que les permite a algunos ajustarse a sus verdades, mientras que a otros los lleva fuera de las leyes de lo humano que no están inscritas en ellos.

El orden de lo humano es el del lenguaje, que nos saca del mundo animal y que ha hecho de nosotros una excepción entre los seres vivos. A causa del lenguaje, somos profundamente desnaturalizados y pervertidos. La pérdida de nuestra relación con la naturaleza, de un saber filogenético que nos guíe hacia lo que tenemos que hacer, se halla en el corazón de la humanidad. No estamos orientados por el instinto, en cambio, estamos sometidos a la pulsión. No matamos a nuestro prójimo por necesidad de comer, y si lo hacemos a veces para defendernos, también matamos por goce, por odio, por envidia, por crueldad. El lenguaje insta la verdad y la mentira, permite decir más o menos cualquier cosa —lo que constatamos todos los días en el ámbito de la política—. Hay razones de estructura para esto: nunca la palabra es equivalente a la cosa pero, más allá, es cuestión del sujeto y del sujeto del inconsciente. No hay verdad con V mayúscula: no existe. En el mejor de los casos la verdad solo puede ser dicha a medias y siempre está bajo el peso del lenguaje y de la posición del sujeto que la dice, quien puede creer que está diciendo una cosa y, sin embargo, da a entender otra, o algo se le escapa, un lapsus, por ejemplo, que dice la verdad de su deseo. Esta verdad está protegida por la división del sujeto y si él está dispuesto a saber, puede tener acceso a ella a veces con ayuda de un psicoanálisis. Sin embargo, no todos los sujetos pueden tener acceso a esta verdad porque, como lo veremos, algunos no están divididos sino escindidos, cortados de sí mismos.

Para aprehender el alcance clínico de una forma patológica de la obediencia, me he apoyado en testimonios de quienes se han visto conducidos a cometer crímenes contra la humanidad. Cuando se interroga acerca de la posición de esos hombres, incluso si el asunto se juzga caso por caso, se encuentran algunas constantes relativas al hecho de no ver, de no saber y de no estar allí. Se constata cómo las burocracias ven florecer un género nuevo de sujetos que toman *decisiones de papel*, que evalúan y hacen estadísticas sin medir las consecuencias de las decisiones tomadas. Estos sujetos obedecen órdenes de políticos sin evaluar las consecuencias de sus decisiones, porque no están confrontados con los sujetos a quienes conciernen dichas órdenes. Allí donde se creen protegidos de su implicación subjetiva, están privados de un acceso a su propio ser.

Los sujetos de los cuales hablamos son frecuentemente sujetos cualesquiera, ordinarios en el sentido de que no han realizado nada de importancia, nada de gran envergadura intelectual, y de quienes se puede pensar que, en tiempos ordinarios, no habrían cometido crímenes. No los asimilo a los criminales contra los cuales la sociedad se defiende mediante lo judicial. Por lo demás, en lo que concierne a sus crímenes, se ha requerido instituir tribunales de excepción pues es necesario probar que, más allá de una obediencia a la que se creían sometidos, esos sujetos tuvieron la posibilidad de decir no y no lo hicieron, por el contrario, fueron a menudo ejemplares en el trabajo bien hecho.

Para no hacer una exposición muy árida, escogí apoyarme en algunos casos publicados. El primero es el de Franz Stangl, comandante del campo de Treblinka, del que ya he hablado. El segundo es Adolf Eichmann y el tercero es Kaing Guek Eav, más conocido como Duch, el torturador del campo S21 en Phnom Penh, en Camboya. Adicionalmente haré referencia a los asesinos de Ruanda, y también me apoyaré en el caso de una mujer que no está en una posición semejante a los precedentes, pues no ha cometido crímenes de masas, pero aporta un testimonio sobrecogedor de lo que es un clivaje psíquico.

Antes de comenzar quiero precisar dos puntos. El primero es que este trabajo no busca “comprender”, menos aún absolver a quienes han cometido dichos crímenes. Comprender es un asunto imaginario: uno jamás puede estar en la cabeza del otro. El segundo punto es mi oposición a una tesis conocida, según la cual cada uno de nosotros podría hacer otro tanto según las circunstancias, la ideología, el período histórico, etc. Esta concepción me parece totalmente errónea. Hay numerosos ejemplos en la historia de quienes, luego de juzgarlas, se negaron a obedecer órdenes que estimaron insensatas, a veces poniendo en riesgo su vida. No todo el mundo habría cumplido la orden porque hay un espacio psíquico donde eso se decide, que incluye la libertad del sujeto, que es la de juzgar. Hay un punto de báscula, un instante en el que el sujeto se compromete, y eso es lo que llamamos un acto.

EL DEBER DE OBEDECER

Hombres como Stangl, Eichmann y Duch han obedecido de manera absoluta a órdenes que consideraban superiores, sin que su conciencia se haya movilizado, sin culpa, sin afecto. El carácter infame de la orden dada no valía nada con respecto al carácter imperativo de la orden misma. Ellos se apoyaban en la idea de que el hecho de obedecer los redimiría de toda responsabilidad. Eichmann se presenta como un ciudadano obediente en relación con la ley, pues las órdenes de Hitler, que él ejecutó

de la mejor manera, tenían para él fuerza de ley. Él hablaba al respecto de obediencia ciega u obediencia de carácter, prueba de la muerte del sujeto³.

Ellos dan fe de haber sido atrapados en una obligación imperativa de obedecer sin posibilidad de ejercer su facultad de juzgar. Un “yo debía”⁴. Eichmann, el especialista en deportaciones, responde: “Yo recibía órdenes y debía cumplirlas de acuerdo con mi juramento de obediencia”⁵. Este último era para él un juramento, como se sabrá en 1945, hecho únicamente a Hitler. “Lamentablemente —continuaba diciendo— yo no podía sustraerme y, por otra parte, jamás lo intenté. Pero no era mi iniciativa ni mi voluntad”⁶. Se trata, en suma, de un “lo he hecho pero no lo he querido”. Puesto que él pretende que no ha hecho otra cosa que obedecer, el procurador le dice que, al menos, él ha sido pasivo. A lo cual responde: “Obedecí y ejecuté lo que se me había ordenado hacer [...]. Y me sentí desgraciado con todo eso. El resultado de todas esas medidas es que debía seguir las órdenes”⁷. He aquí una pequeña muestra de lo que es “el deber de obedecer”⁸. Y, aun, a una cuestión del procurador general quien le pregunta por las cartas que él firmaba —“¿Usted admite que si ha firmado una carta, usted es responsable de su contenido?”⁹—, Eichmann responde: “Yo no puedo ser considerado responsable, no veo por qué sería yo castigado por haber firmado de conformidad con las órdenes”¹⁰. El procurador: “Pero usted la redactaba, usted las daba [las órdenes], ¿no es cierto?”¹¹. Eichmann: “Le pido que me excuse [...], pero es difícil para mí oír decir que yo daba órdenes a un comandante”¹². El procurador: “Usted debe aún decirme: ‘yo no soy yo’”¹³. Eichmann: “Es la jerga burocrática oficial. Pero eso no tiene nada que ver conmigo”¹⁴. Eichmann se esconde tras el otro, la jerga, su juramento; es una manera de anularse en cuanto sujeto. El procurador: “¿No le preocupaba ser la máquina transportadora de la muerte?”¹⁵. Eichmann: “Me preocupaba enormemente”¹⁶. Y puesto que el debate sobre su responsabilidad continuaba y él se mantenía en la posición de que él mismo no estaba ahí para nada dado que firmaba bajo órdenes, el procurador le pregunta: “Pero, ¿qué es usted, un teniente coronel o estenógrafo?”¹⁷. A lo cual termina diciendo que habría sido muy feliz de haber sido destituido de sus funciones: “es posible, precisa, que yo fuera muy meticuloso y que obedeciera a las órdenes [...] Yo era obediente y tranquilo”¹⁸. Un juez le pregunta entonces: “¿No le ocurrió jamás haber tenido conflictos de conciencia entre su deber y su conciencia?”¹⁹. Eichmann responde: “Yo llamaría a eso más bien un estado desdoblado, una suerte de desdoblamiento. Un desdoblamiento vivido conscientemente, que lo hace a usted pasar indiferentemente de un lado a otro y viceversa”²⁰. El juez le responde: “¿Hacía falta renunciar a su conciencia personal?”²¹. Eichmann: “Sí, en alguna medida, porque uno no podía regularla ni organizarla uno mismo”²². Y como el juez insiste a propósito del coraje civil necesario para desobedecer, él responde:

3. Mis principales referencias en relación con Eichmann son: Pierre Joffroy y Karin Königseder, eds., *Eichmann par Eichmann* (París: Grasset, 1970) y Hanna Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (Barcelona: Lumen, 2003).

4. Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, 13-17.

5. *Ibíd.* Cursivas mías.

6. *Ibíd.*

7. *Ibíd.*

8. *Ibíd.*

9. *Ibíd.*

10. *Ibíd.*

11. *Ibíd.*

12. *Ibíd.*

13. *Ibíd.*

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*

16. *Ibíd.*

17. *Ibíd.*

18. *Ibíd.*

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*

21. *Ibíd.*

22. *Ibíd.*

“Seguro, si el coraje civil hubiese sido estructurado jerárquicamente”²³. Entendemos que “sin el otro de la orden”²⁴ él es incapaz de pensar, de decidir, y menos aún, de desobedecer. La condición para desobedecer era que la orden misma de desobedecer le hubiese sido dada. Él comenta, por lo demás, que si se le hubiera dado la orden de matar a su padre, habría obedecido. Agrega, para convencernos de su dependencia, que al momento de la derrota, en 1945: “Comprendí que tendría que vivir una difícil vida individualista, sin un jefe que me guiara, sin recibir instrucciones, órdenes ni representaciones, sin reglamentos que consultar, en pocas palabras, ante mí se abría una vida desconocida, que nunca había llevado”²⁵.

LA IMPOSIBLE SEPARACIÓN

Esta imposibilidad de separarse de la orden, e incluso de los significantes del Otro, encuentra su explicación en los accidentes de la constitución del sujeto. El niño neurótico tiene idea, desde muy joven, del bien y del mal y de los afectos correspondientes, la vergüenza y la culpabilidad, porque opera una transmisión por identificación con los padres. Por amor, se interiorizan las leyes, lo que Freud llama *superyó*. Esta interiorización, que se sostiene en las leyes del lenguaje, hace que el niño adquiera la capacidad de juzgar, de pensar y de decidir, incluso si durante mucho tiempo sigue remitiéndose a sus padres como lugar de la verdad para saber lo que está bien y lo que está mal, para obtener su aprobación y para hacerse amar. El niño sale de la alienación por la separación y puede empezar a movilizar lo que ha aprehendido de la ley humana. Al principio lo hace identificándose, luego oponiéndose, porque se requiere de la separación para no apoyarse más en el Otro, para actuar, incluso si su deseo está marcado por pinceladas del deseo del Otro.

No obstante, es necesario que el acceso a las leyes del lenguaje haya operado de manera tal que el orden del lenguaje haya podido establecerse sin muchos accidentes deletéreos. Hannah Arendt señala la gran dificultad de Eichmann para expresarse. “Era capaz de enviar a millones de judíos a la muerte pero incapaz de hablar de eso”²⁶ porque no había recibido las reglas del lenguaje necesarias para dar consistencia y profundidad a sus propósitos. Durante su instrucción en Jerusalén, como no había aprendido esas reglas, hablaba de matanza, de muerte, de crimen legalizado por el Estado; no tenía las palabras porque no tenía acceso a las operaciones de metáfora y metonimia, de sustitución y desplazamiento que convocan el sentido o crean sentidos nuevos. No sabía usar semblantes. No tenía cultura, pero esto se debía más a su relación con el lenguaje que a su medio social. Hannah Arendt resaltaba sobre todo que Eichmann solo utilizaba frases “trilladas”²⁷, es decir, vacías de sentido, y cómo

23. *Ibíd.*

24. *Ibíd.*

25. *Ibíd.*, 24.

26. *Ibíd.*, 20-26.

27. *Ibíd.*

le provocaba un gran goce cuando encontraba ese “sésamo”²⁸. Aparte de mentiras no podía explicarse de otra forma, porque no tenía posibilidad alguna de dialectizar sus palabras, las cuales permanecían vacías. Esta dificultad en el orden del lenguaje permite evocar una inscripción del sujeto en la psicosis, de lo contrario, su posición podría evocar la perversión.

EL TRABAJO BIEN HECHO

Sin entender lo que dicen, esos actores de crímenes piensan que gracias a su trabajo meticuloso las cosas salen bien. Ese clivaje masivo está presente en sus dichos pero ellos son sordos porque están escindidos en dos partes. Durante su proceso, Eichmann responde lo siguiente a una pregunta del procurador general Gideon Hausner sobre el sufrimiento de los deportados:

Soy consciente de que, hasta el momento en que yo tomé la dirección de la sección, [...] reinaba, de hecho, una confusión y un desorden extremo. Según los reportes, esas personas permanecían frecuentemente ocho horas encerradas en los vagones. [...] Sin embargo, que yo sepa, ese género de cosas no se produjo después [es decir, cuando él estuvo a cargo del servicio de deportación]. Es posible que imperfecciones locales hubiesen acarreado ocasionalmente molestias. Pero de nuestra parte hicimos lo mejor por impedir y frenar ese tipo de cosas.²⁹

Para poder decir tales cosas es necesario que una parte suya ignore totalmente lo que dice la otra. Él no oye que dice que por efecto de su buena organización fue posible matar tranquilamente millones de judíos al tiempo que precisa que esta organización era más confortable para aquellos que iban a ser ejecutados. Eichmann no hace lazo entre sus diferentes decires porque ellos no surgen de la misma parte de él mismo, como si hubiera un muro infranqueable entre los dos. Y, para concluir, acepta que consideraba el exterminio de los judíos como un acto monstruoso, “pero muy a mi pesar, puesto que estaba obligado por mi juramento de lealtad, yo debía ocuparme en mi sector de la organización de los transportes”³⁰. Uno sabe que él miente sobre los hechos, pero eso no tiene nada que ver con una mentira de neurótico que se las arregla así con la verdad. Eichmann parece incapaz de hacer lazo en su pensamiento entre el transporte hacia los campos de la muerte y el exterminio del millones de judíos. No se trata de un caso de cinismo como el de Maurice Papon, quien era de mala fe; de haberlo sido, lo habría enmascarado en sus decires. Lo que Eichmann dice está al descubierto pues él está escindido.



28. *Ibíd.*

29. *Ibíd.*

30. *Ibíd.*

LA DIVISIÓN EN COMPARTIMIENTOS DEL PENSAMIENTO: NO SABER, NO VER, NO ESTAR AHÍ

Esa escisión no es equivalente a la división originaria del sujeto, la cual depende de las estructuras. En la neurosis el sujeto está dividido, acepta su inconsciente, tiene acceso a la división entre lo que quiere y lo que desea, tiene la idea de que él dice una cosa pero se da cuenta de que hace otra (digamos que el neurótico puede saber). En un libro publicado hace unos años, *Lacan, pasador de Marx*, Pierre Bruno señala que “la división es la única arma de la que dispone el sujeto para tornarse —y seguir siendo— sensible a lo real”³¹. El clivaje, o la escisión, como lo llama Bruno, cuando se trata de lo que produce el discurso capitalista, anula esta sensibilidad a lo real. La consecuencia es un verdadero rechazo del inconsciente, que es lo que ocurre con los sujetos de los que hablo: por ejemplo, un corte entre el inconsciente y la pulsión que los anima. Esto permite comprender que no tendrán acceso a lo que estructura la vida inconsciente, como el fantasma, y tampoco a su verdad de sujeto.

Me apoyaré ahora en el caso de Frantz Stangl, cuyo testimonio fue publicado en el libro *Au fond des ténèbres*³² (*En el fondo de las tinieblas*) de Gitta Sereny, el cual nos confronta con una suerte de opacidad en su pensamiento que le permite, finalmente y al contrario de Eichmann, considerar lo que ha hecho. Este hombre fue uno de los cómplices y organizadores de la política nazi, comandante del campo de Treblinka entre 1942 y 1943, después de desempeñarse como superintendente de policía en el Instituto de Eutanasia, el famoso campo T4. En 1970 fue condenado a prisión perpetua por el asesinato de 900.000 personas en dicho campo de exterminio. Fue el único, entre todos esos hombres con ese pasado aterrador, que manifestó un semblante de conciencia³³. Este hombre de 63 años se presenta como alguien calmado y cortés, de aspecto cuidadoso, buen padre, buen marido, etc. El día del juicio en la mañana, durante su primera entrevista, negó en su defensa lo que se le reprochaba, limitándose a decir que jamás había hecho daño, que él solamente había obedecido. Gitta Sereny, quien no estaba dispuesta a oír esas tonterías, mentiras y falsificaciones de un acusado de crímenes, le propone que hable de él como sujeto, que evoque “la infancia, el niño pequeño, el adolescente”³⁴, sus padres, sus amigos, su mujer, “no lo que había hecho o dejado de hacer sino lo que había amado o detestado, lo que había experimentado a propósito de episodios de su vida que lo habían conducido hasta el lugar donde ahora se encontraba”³⁵. Ella quería oír alguna cosa del hombre que era él. Si él lo aceptaba, “podrían quizás descubrir juntos una verdad; una verdad nueva que echara luz sobre un dominio hasta ahora incomprensible, único”³⁶. Stangl acepta ese pacto agregando: “Voy a tratar”³⁷.

31. Pierre Bruno, *Lacan, pasador de Marx* (Barcelona: S&P, 2011), 79.

32. Gitta Sereny, *Au fond des ténèbres* (Paris: Denoël, 2007).

33. *Ibíd.*, 14.

34. *Ibíd.*

35. *Ibíd.*

36. *Ibíd.*, 28.

37. *Ibíd.*

Él da fe de la manera como toma el asunto para no saber. Se las arregla para estar ausente de sí mismo. Declara que para soportar el horror había decidido “no pensar en nada”³⁸. Es decir que, o lograba hacer algunos “arreglos”³⁹ o, cuando esto no era suficiente, razonaba hasta exceptuarse del saber. El mismo da un ejemplo para mostrar que “era una cuestión de supervivencia, y todo lo que podía hacer era limitar sus acciones al dominio en el cual habría podido responder *en toda conciencia*”⁴⁰. Habíamos visto anteriormente⁴¹ la manera como se sustraía y no se contaba en la operación, lo que permite verificar que él no estaba ahí en absoluto. Dice: “Eso que hice sin o contra mi voluntad, de eso yo no tengo que responder”⁴², exactamente como habría podido decirlo Eichmann. Él no ve que estaba comprometido en lo que llama “contra mi libre voluntad”⁴³, que no puede sustraerse como sujeto puesto que para obedecer era necesario que estuviera ahí. El ejemplo de su visita a Sobibor, aún en construcción, va a aclararnos de qué se trata. Stangl dice que allí no vio nada que pudiera hacerle pensar en un futuro campo de la muerte. Y cuando Sereny lo interroga acerca de la razón por la cual no planteó preguntas, responde “No, no pregunté nada, no se me ocurrió”⁴⁴. Pero un poco después precisa: “En Sobibor uno podía arreglárselas para no ver casi nada”⁴⁵. Esta es una confesión de saber. Y, aún, cuando habla de las mujeres judías que trabajaban bajo la supervisión de los guardias, dice: “vi, y puedo decirle que esas mujeres parecían del todo contentas, parecían estar saludables. Eran solo mujeres que trabajaban, vea usted”⁴⁶. De Treblinka cuenta que le habrían faltado meses para ver de frente lo que se llamaba una ‘llegada’⁴⁷. “Reprimía todo eso intentando crear acondicionamientos: jardines, nuevas barracas, nuevas cocinas, nuevo todo. Había centenas de medios para pensar otra cosa. Los utilicé todos”⁴⁸. Se entiende que esto es una confesión. Por entonces había tenido la idea de construir una falsa estación con un gran péndulo con cifras pintadas y agujas que no se movían jamás, taquillas, tableros de información, para adormecer las sospechas de los que llegaban⁴⁹. Stangl parece haber olvidado este episodio, pero durante el juicio reconoce que es posible que hubiera sucedido. Frente a esto, no nos equivoquemos: no es por compasión humanitaria que lo hizo, sino por evitar el pánico a la salida de los vagones. Él no puede establecer el lazo entre la construcción de nuevas barracas y los prisioneros judíos que se amontonarían allí esperando la muerte. Utiliza esos dos procesos que Freud ha descubierto en el neurótico obsesivo para no saber: la anulación retroactiva y el aislamiento. Su pensamiento permanece así pegado, como si un compartimiento estuviera cerrado herméticamente; es así como su facultad de juzgar y de sentir culpabilidad se obtura, lo que le permite ignorar la gravedad de lo cometido, incluso no verse afectado.

38. *Ibíd.*, 140.

39. *Ibíd.*

40. *Ibíd.*, cursivas mías.

41. Cf. Morin, “¿Qué sueña el mundo?”, 188-195.

42. Sereny, *Au fond des ténèbres*, 120.

43. *Ibíd.*

44. *Ibíd.*

45. *Ibíd.*, 121.

46. *Ibíd.*, 114.

47. Hablaba de los vagones de deportados que llegaban al campo.

48. *Ibíd.*, 214.

49. *Ibíd.*, 213. Leo el episodio de la construcción de la estación en relación con su dificultad para ver las “llegadas”. Él no logra articular bien lo que dice durante la misma sesión.

LA VERDAD DEL SUJETO “DETRÁS DE ESO QUE SE DICE, EN LO QUE SE OYE”

La denegación es la operación mental captada primero por Freud y luego retomada por Lacan con el término de ‘desmentida’, que le permite a un sujeto defenderse contra lo real. Esta modalidad de la defensa es frecuente en el ser hablante, y concierne, aunque de manera diferente, a todas las estructuras: neurosis, psicosis y perversiones. Se trata de un saber insostenible para un sujeto. La desmentida es un compromiso que consiste en saber y, al mismo tiempo, en un rechazo enérgico a saber, hasta tal punto que el rechazo se impone sobre el saber. Se entienden así las falsificaciones impuestas por pequeñas pinceladas al texto de los horrores que el sujeto no oye y que nos hielan... Es un mecanismo que funciona más propiamente en el campo de la perversión. Freud reserva el término de denegación a dos tipos de saber: el de la castración materna y el del asesinato originario del padre. Es un índice, una prueba de que hay algo oculto, negado, y que de poder seguirlo conduce a una verdad. Si alguno de estos sujetos no tiene acceso a su inconsciente, eso no quiere decir que no tengan inconsciente sino, precisamente, que no tienen acceso a él. En ocasión de una entrevista durante la cual Stangl falsificaba, mediante pequeñas deformaciones sucesivas, una historia terrible para quedar bien, Sereny interrumpió el relato para decir que eso era para ella un “ejemplo de la más perfecta corrupción de la personalidad”⁵⁰. Ella se percata de que a un hombre para quien la visión de las cosas estaba así de deformada, al punto de que podía contar esa historia de esa cierta manera, no podían aplicársele los términos relativamente simples de “culpabilidad” o “inocencia”, “bien” o “mal”⁵¹.

El *desdoblamiento de la personalidad*, expresión utilizada por Sereny y por Eichmann, que para nosotros es una escisión, llega hasta el cambio de voz y de acento. Por momentos Stangl retoma un hablar vulgar y no domina sus palabras. Aunque aceptaba haber trabajado en 1940 en el Instituto de Eutanasia, insistía en el hecho de haber sido obligado; cuando hablaba a sus colegas de trabajo en el Brasil, a quienes tomaba por unos imbéciles, decía: “¡Dios mío, los ha dejado la eutanasia! Y al regresar a casa, le decía a mi mujer, ‘a esos idiotas los ha dejado la eutanasia’”⁵². No se puede decir de Stangl que no tenga acceso a su inconsciente pero, sin duda, él no lo quiere saber.

En los testimonios de estos hombres se oye que ellos no consideraban a sus prisioneros como seres humanos. Los dos manifiestan una completa incapacidad de identificarse con el otro. Hannah Arendt insiste en su idea de que Eichmann es incapaz de considerar el punto de vista del otro. Stangl, por su parte, reconoce que los prisioneros eran solo un “cargamento”⁵³, y confesarlo fue para él un momento de desesperación, como si a partir de entonces, cuando por fin lo dijo, ese hecho entrara en la realidad. Ocurrió, dice él, cuando vio una fosa llena de cadáveres y oyó a su jefe

50. *Ibíd.*

51. *Ibíd.*, 222.

52. *Ibíd.*, 390.

53. *Ibíd.*, 215.

decir: “¿Qué vamos a hacer con esta basura?”⁵⁴. Cuando Sereny le pregunta si los niños muertos jamás le hicieron pensar en los suyos, dijo: “No, no puedo decir que se me haya pasado por la cabeza [...] Vea usted, raramente los percibía como individuos. Era siempre una enorme masa. [...] Estaban desnudos, una multitud enorme que corría conducida a latigazos”⁵⁵.

LA OBEDIENCIA INCONDICIONAL, LA SUMISIÓN Y EL SACRIFICIO

Si Stangl relata de manera límpida la manera como él permaneció sumiso a un padre feroz⁵⁶, Duch, el torturador del campo S21, admite que, como él mismo lo cuenta, le tenía miedo a su jefe, al punto de decidir orinarse en su oficina cuando este último lo llamaba por teléfono, dado que no podía interrumpir la conversación por tal motivo⁵⁷. Eichmann, por su parte, explica cómo fue educado para obedecer. “Estaba ciertamente ligado a la época [...] a la formación autoritaria y todas esas cosas”⁵⁸. El crimen estaba legalizado por el Estado. Entre los asesinos de Ruanda, uno de ellos explica que “fue educado en la obediencia absoluta y en la ferocidad étnica”⁵⁹.

Someterse al otro con tal fuerza tiene sus raíces en la relación de ambivalencia entre el padre del amor y el padre del odio, como si al desaparecer el odio hacia el padre a causa de la desmentida de su asesinato, no quedara en el lugar del amor otra cosa que la voluntad de someterse a sus órdenes. “Yo no tengo nada que desear por mí mismo, nada que pensar”⁶⁰. El sujeto espera del Otro que ordene su conducta porque el Otro piensa por él y a él no le queda otra opción que obedecerle. Stangl, como Eichmann, sustituye la ley por el orden. Eichmann declaró en el curso de su proceso que había vivido toda su vida según los preceptos morales de Kant y, particularmente, según la definición kantiana del deber. Como esto implicaba tratar injustamente a Kant, cuya filosofía moral está ligada a la facultad de juzgar —lo que excluye la obediencia ciega—, el juez decide interrogarlo. Eichmann da una definición aproximada pero correcta del imperativo categórico: “Con mis palabras acerca de Kant quise decir que el principio de mi voluntad debe ser tal que pueda devenir el principio de las leyes generales”⁶¹. Agrega que había leído la *Crítica de la razón práctica* y precisa que dejó de vivir según la moral kantiana a partir del momento en que fue encargado de la “solución final”⁶². Se consoló pensando que desde ahora no era amo de sus actos y que no podía cambiar nada. Pero deformó la fórmula kantiana para hacerle decir: “Compórtate como si el principio de tus actos fuese el mismo que el de los actos del legislador o el de la ley común”⁶³. Hannah Arendt precisa que el principio kantiano fue reformulado por Hans Franckel, jurista del Tercer Reich, así: “Compórtate de tal manera, que si el Führer te viera aprobara tus actos”⁶⁴.



54. *Ibíd.*

55. *Ibíd.*

56. Cf. Morin, “¿Qué sueña el mundo?”, 188-195.

57. Sereny, *Au fond des ténèbres*, 316.

58. Joffroy y Königseder, *Eichmann par Eichmann*. 56.

59. *Ibíd.*

60. Sereny, *Au fond des ténèbres*, 316.

61. Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, 83.

62. *Ibíd.*

63. *Ibíd.*, 84.

64. *Ibíd.*

La ley en su esencia está ligada al lenguaje, son las leyes del lenguaje soportadas por el Nombre-del-Padre, es decir, por su ley. La relación de esos hombres con la ley está profundamente pervertida porque la ley incluye legítimamente el rechazo de obedecer si la orden es abyecta. Todos estos actores de crímenes, al poner a cargo del Otro el pensamiento, renunciaron a su facultad de juzgar. Este es el sacrificio más pesado que puede hacer un sujeto para hacerse considerar por el Otro.

Para esclarecer este sacrificio me apoyaré en lo que dice Lacan en 1964 al final del Seminario 11, en un pasaje que resulta muy fuerte porque toca un punto de lo real. Se trata de un momento en el que Lacan se refiere precisamente a “las formas más monstruosas y pretendidamente superadas del holocausto, del drama del nazismo”⁶⁵, a lo que agrega: “de ese resurgimiento, por el que se revela que la ofrenda a los dioses oscuros, de un objeto de sacrificio es algo a lo que pocos sujetos pueden no sucumbir, en una monstruosa captura”⁶⁶; e insiste en que poco hay de seguro para resistir a la fascinación del sacrificio. “Pero para cualquiera que sea capaz de dirigir, hacia ese fenómeno, una valerosa mirada [...] el sacrificio significa que, en el objeto de nuestros deseos, intentamos encontrar el testimonio de la presencia del deseo de ese Otro que aquí llamo el Dios oscuro”⁶⁷. ¿Qué quiere ese Otro, cuál es su deseo? ¿Cómo sometérselo si no ofreciéndole lo más precioso? En ese punto el sujeto no se plantea la cuestión de transgredir la ley del padre, pues él rechaza la ley de la castración. No le queda más que la sumisión. El sujeto ofrece en sacrificio el objeto de sus deseos, que es lo más precioso que tiene. Los sujetos de los que venimos hablando, por ejemplo, ofrecen su capacidad de pensar, de juzgar y de desear. Creer en el Gran Otro, dios oscuro, por el que valdría la pena que el sujeto sacrificara su vida de sujeto, es decir, su posibilidad de tomar lugar en la humanidad, tiene consecuencias. Si un sujeto obedece a la ley de un tirano, sujetándose así, argumentando que el Otro le ha ordenado, se traiciona y escapa de sí mismo. No sabe que ningún padre lo protegerá, pues lo real es ineliminable. Se trata más bien de renunciar a lo que oficia de dios oscuro para cada uno, es decir, ante todo de desacralizar a ese Otro, de reconocer su dimensión profana, de reconocerlo en falta, lo que lo hace pasar de Otro a otro, para que, finalmente, el sujeto afronte lo que le corresponde asumir. Al fin de cuentas los hombres como Stangl se sirven de la obediencia incondicional para soportar la angustia propia de su condición de hombres, que no pueden afrontar.

Frantz Stangl, al contrario de Eichmann, termina por reconocer su responsabilidad después de haber hablado durante semanas, y se encuentra ante el horror de su acto. Eichmann, por su parte, no sobrepasa su rechazo de la culpabilidad; para él, los dirigentes nazis habían abusado de su virtud. “Él no pertenecía a esa pandilla, era

65. Jacques Lacan, *El seminario, Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 292.

66. *Ibíd.*

67. *Ibíd.* 293.

víctima”⁶⁸. Las únicas órdenes que respetaba eran las de Hitler y, para él, en el Tercer Reich, las palabras del Führer tenían fuerza de ley.

DUCH, EL AMO DE HIERRO FORJADO

Duch, el torturador del campo S21, parece más bien inscrito en el campo de la perversión. Ha circulado recientemente el documental de Rithy Panh, *El amo del infierno*, y su libro *La eliminación*, en el cual nos hace partícipes de sus entrevistas con Duch en la prisión del tribunal penal. Duch reconoce los hechos y habla del campo que dirigía: “Una prisión inmensa, desde luego, yo la vi. Pero yo no quería saber ni ver el sufrimiento de quienes estaban allí. Yo escapé. [...] Mis sentimientos me impedían ver. Incluso, si lo vi, no puse atención”⁶⁹. Y concluye: “Con el tiempo uno olvida esos detalles sin importancia. Algunas cosas iban más allá de lo aceptable, sin embargo, yo las hice”⁷⁰, decía, sin que eso le impidiera disculparse con mentiras incesantes y utilizando el mismo argumento de obediencia a Pol Pot, su dios oscuro. Entre tanto describía minuciosamente de qué manera obedecía a las tesis locas de la eliminación del hombre. Rithy Panh señala que la posición de Duch es “la de no saber, no mirar, no entender. Llevar los expedientes en su oficina”⁷¹. Él dice: “Ciertamente yo veo, pero mi inconsciente me impide ver”⁷². Esta es una tesis nueva sobre la escisión del sujeto. No es “yo estoy cortado de mi inconsciente, lo que hace que no vea lo que yo mismo hago”, sino “mi inconsciente me ciega”. Rithy Panh considera que Duch es un hombre que piensa y es esto lo que me lleva a hablar de perversión. Él afina sus argumentos, ríe de sus buenas palabras, frente a lo peor de los horrores cometidos se muestra dentro de la ley, demasiado en ella y, como todos los perversos, es un prisionero modelo⁷³ pero atravesado por una *ley loca*: la de la destrucción de lo humano. Insiste en mostrarse como alguien que está en la ley. “Mi lanza es la palabra”⁷⁴, dice. Resume así los cuatro secretos: “no sé, no oí, no vi, no hablo”⁷⁵, y concluye con lo que afirma su perversión: “Mr. Rithy, usted podría estar en mi lugar. Usted podría haber sido un buen director del S21. ¡Usted es realmente serio!”⁷⁶. Rithy Panh comenta que ese es su sistema: “embarcarlo a usted por medio de la risa, de la proximidad, hacerlo suyo y hacerse cercano a usted”⁷⁷. A una pregunta sobre las mentiras en las confesiones que lograba mediante tortura, Duch responde: “Sí, ¡pero nadie se atreve a decirlo! Señor Rithy, me gusta el trabajo de la policía, pero para buscar la verdad. Yo no aprecio hacerlo a la manera de los jemereros rojos”⁷⁸. En efecto, en el centro S21 su rol consistía en obtener confesiones bajo las torturas más crueles, sin importar qué confesión, y cuando esta no le convenía, la modificaba, la reescribía. Sí, a él le gustaba buscar la verdad... Rithy Panh dice que “su palabra es movедiza, mente luego ante una prueba, hace como

68. Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, 76.

69. Rithy Panh, *L'élimination* (Paris: Grasset, 2012), 314. La traducción es mía.

70. *Ibíd.*

71. *Ibíd.*, 148.

72. *Ibíd.*, 139.

73. Es prisionero en la reclusión del tribunal internacional de la Haya.

74. Panh, *L'élimination*, 301.

75. *Ibíd.*, 294.

76. *Ibíd.*

77. *Ibíd.*, 293.

78. *Ibíd.*

Eichmann, y luego concluye que es exacto! Terminé, no se diga más”⁷⁹. Después de casi cien horas de rodaje y de una violenta disputa, esto es lo que dice Rithy Panh:

La verdad se me puso de manifiesto cruelmente: yo me había convertido en el instrumento de este hombre; de alguna manera, en su consejero; su entrenador [...]. La palabra de Duch era una cantinela, un juego con lo falso. Ese juego cruel, “una epopeya” imprecisa. Con mis preguntas yo había participado en su preparación para el proceso.⁸⁰

Es su actitud, lo que me hace considerar a Duch como un perverso, su juego con lo falso, su dominio sobre el otro. Él busca de manera manifiesta provocar y verificar la angustia en su interlocutor.

EL ENCIERRO Y LA IMPOSIBLE DESOBEDIENCIA

Vamos a referirnos ahora al valioso testimonio que debemos a Nicole Malinconi, escritora belga de lengua francesa: las entrevistas que le hizo a Michelle Martin, la ex-mujer de Marc Dutroux, en la prisión de Namur, donde se encuentra recluida, condenada a treinta años de cárcel. Michelle Martin quería escribir un libro sobre la condición de las mujeres en prisión y solicitó que se le buscara un escritor que le ayudara a hacerlo⁸¹. Es así como Nicole Malinconi se encuentra con ella una vez por mes durante un año. Martin se sitúa en una posición diferente con respecto a la de los grandes criminales. Fue acusada de complicidad con Marc Dutroux por su contribución en la violación de una joven eslovaca, después de haberle ayudado a secuestrar a cinco niñas pequeñas “con consecuencias agravantes por cuanto acarrió la muerte”⁸² a dos de ellas. Martin no bajó al lugar de reclusión de las niñas sino una sola vez en tres meses para darles de comer, dejándolas morir de hambre. Se trata de una mujer que tuvo una madre muy patológica quien, después de la muerte del padre, cuando la hija tenía 6 años, hizo de ella su objeto. Ella habla de su madre como una mujer loca y abusiva que la sometió de manera dramática. De esta total sumisión pasó a su encuentro con Dutroux, quien tomó el relevo. Cito solamente dos pasajes que aclaran en qué consiste la desmentida del sujeto, frente a lo cual uno se queda helado. Ella cuenta, por ejemplo, que en un momento en que Dutroux fue encarcelado por primera vez y durante tres meses, él le solicitó alimentar a las pequeñas que se hallaban en la cava. Pero ella no fue capaz de bajar. Luego agrega, en una suerte de asociación de ideas, hasta qué punto le resultó doloroso que su madre muriera mientras ella estaba en prisión:

Ella murió sin que yo estuviera ahí; es terrible que muriera sola, sin mí. Acompañar en la hora de la muerte a quienes uno ama es una cuestión de dignidad; saber que

79. *Ibíd.*

80. *Ibíd.*, 310.

81. Nicole Malinconi, *Vous vous appelez Michelle Martin* (Paris: Denoël, 2008).

82. *Ibíd.*, 76.

alguien a quien uno ama debe morir solo es insoportable. Incluso mi perro. A mi perro, cuando murió, lo acuné.⁸³

Y continuaba sin oírse: “Pero yo soy así, yo no puedo ver sufrir, incluso a un animal”⁸⁴.

Ella da fe también de su sumisión a su hombre, lo que llama hechizo, y de su impresión de haber salido de una secta cuando pudo, por fin, contradecirlo ante el tribunal. Como si saliera de un encierro. No obstante el trabajo hecho en prisión, sigue sin oír lo que dice. Quería escribir un libro sobre la condición de las mujeres en prisión sin tener idea de que esas niñas encerradas en una cava a los 8 años murieron de hambre a causa de ella misma.

No se puede concluir sobre tal asunto..., no se puede sino abrirlo aún más. Y para esto retomo lo que dice Stangl como conclusión de una secuencia particularmente mentirosa: “Más allá de mis atribuciones específicas, lo que me daba gusto eran las relaciones humanas...”⁸⁵.

La Cosa Humana, *Das Ding*, que constituye lo real del ser, es más cercana a lo inhumano que al Soberano Bien o a un ideal de amor puro. Nuestra responsabilidad de sujetos está en saberlo y en derivar de ello las consecuencias para nuestra existencia. Esto inhumano está en el corazón mismo de lo humano y es parte suya. El etnólogo francés François Bizot, quien fue el único indultado por Duch en el campo M13, dio testimonio durante el proceso de este ante el tribunal penal internacional. En su libro *El silencio del verdugo*⁸⁶, Bizot se pregunta cómo un hombre puede comportarse como un monstruo aunque siga siendo humano. Cuenta cómo el día del entierro de su padre, luego de una reflexión de su madre, pudo matar de forma fulminante a un pequeño zorro, un animal a quien amaba como a ninguno, que lo había acompañado durante muchos años. Aprendió algo de su propia maldad, estuvo dispuesto a saber. Los seres humanos no pueden borrar esa parte suya llamada “inhumana”⁸⁷. No desconocerla es empezar a tratarla desactivando el goce mortífero que la comanda. Esta experiencia condujo a Bizot a defender la tesis según la cual esos hombres no son monstruos al margen de la humanidad. Malinconi dice lo mismo de Michelle Martin, la considera como un sujeto y no como el monstruo que la sociedad ha estigmatizado. Si los tratamos como monstruos es para no contarnos entre ellos, para no saber sobre La Cosa que nos habita. Es esto lo que llevaba a Lacan a decir que el sujeto es siempre responsable de su posición. Por el contrario, esos hombres nos permiten confirmar que sacrificando al Otro sus capacidades de pensar y de juzgar “se hacen definitivamente insensibles a su inconsciente y a lo real”⁸⁸.



83. *Ibíd.*

84. *Ibíd.*

85. Sereny, *Au fond des ténèbres*, 221.

86. François Bizot, *Le silence du bourreau* (Paris: Flammarion, 2011).

87. *Ibíd.*

88. Bruno, *Lacan, pasador de Marx*, 79.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDR, HANNAH. *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen, 2003.
- BIZOT, FRANÇOIS. *Le silence du bourreau*. Paris: Flammarion, 2011.
- BRUNO, PIERRE. *Lacan, pasador de Marx*. Barcelona: S&P, 2011.
- FREUD, SIGMUND. "De guerra y muerte. Temas de actualidad" (1915). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- JOFFROY, PIERRE Y KÖNIGSEDER, KARIN (Editores). *Eichmann par Eichmann*. París: Grasset, 1970.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- MALINCONI, NICOLE. *Vous vous appelez Michèle Martin*. Paris: Denoël, 2008.
- MORIN, ISABELLE. "¿Qué sueña el mundo?". *Desde el Jardín de Freud* 4 (2004): 188-195.
- PANH, RITHY. *L'élimination*. Paris: Grasset, 2012.
- SERENY, GITTA. *Au fond des ténèbres*. Paris: Denoël, 2007.

